

MÉXICO

Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

LIBRO PRIMERO

TIEMPOS PREHISTÓRICOS

CAPÍTULO PRIMERO

Las primeras razas.— Su antigüedad.— Unión de los continentes.— La raza autóctona.— Raza negra.— Sus huellas.— Otomíes.— Maya-quichés — Relaciones con otras tribus del continente.— Las lenguas.— Costumbres.— Habitaciones.— Caza — Ídolos de animales — Inscripciones en rocas.— Pipas.— Tipos — Relaciones con los chinos.— Inscripciones monosilábicas.— La Atlántida.— La raza nahoá.— Colocación geográfica primera de las tres grandes razas.— Épocas de la piedra sin pulir, de la piedra pulida y edad del cobre.— Establecimiento de las tres civilizaciones.

Acusan los cálculos astronómicos, que los mismos jeroglíficos nos suministran, una antigüedad, para la raza nahoá, de más de tres mil años antes de la era vulgar: es decir, una antigüedad semejante á la de los pueblos de la India, de China y del Egipto. Y sin embargo, los nahoas no fueron el pueblo autóctono, aun cuando su civilización sí fué autóctona, pues á su llegada existían ya en nuestro territorio pueblos antiquísimos, tan antiguos que ellos mismos ignoraban su origen y se tenían por hijos de la tierra que habitaban.

No es posible aplicar á nuestras razas la división bíblica generalmente admitida, y que se formó en vista de las que en la antigüedad existían en el Viejo Mundo; y no teniendo más guía determinada para establecer nuestra clasificación que la diversidad de lenguas y su carácter especial y distintivo, hemos hecho una general de razas en monosilábicas, polisilábicas y de flexión, según la clase de lenguas que hablaban, sin tomar en cuenta que algunas de éstas parecen de forma paulisilábica, y tienen otras carácter de subflexión, pues sería largo entrar en las consideraciones de influencias extrañas, para explicar cómo ese cuasi-monosilabismo ó esa pequeña variante de

juxtaposición no cambian su esencia fundamental. Agreguemos que en la antigüedad no había aquí lenguas de flexión.

Ahora bien, si consideramos por una parte la persistencia del idioma y por la otra los grandes centros de civilización que en nuestro territorio se establecieron, tendremos que reconocer en la antigüedad remota, como razas autóctonas, en el centro á la otomí y en el sur á la maya-quiché, y como inmigrante en el norte á la nahoá. Esta disposición geográfica de las razas remonta á la época citada de más de tres mil años antes de nuestra era.

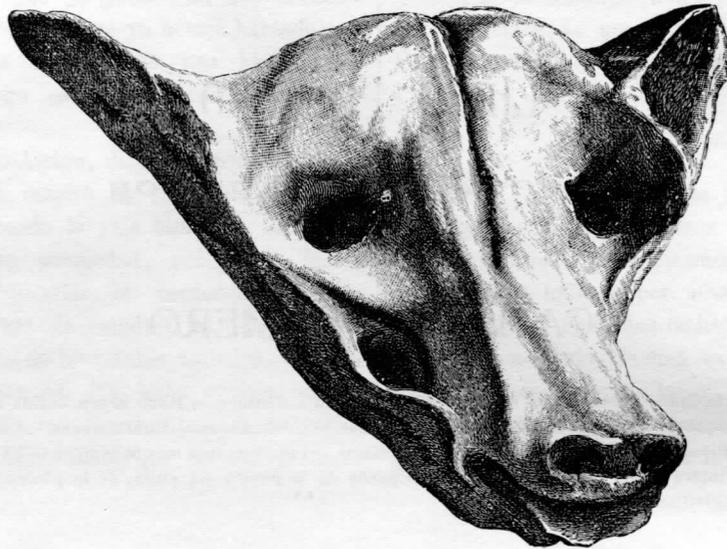
Hay que advertir que, en edad anterior, nuestro continente no estaba aislado de los otros. Conocidas son las tradiciones clásicas sobre su unión por el oriente, y hoy la ciencia la determina también por el occidente. A esto tendremos que agregar otro hecho importantísimo: la existencia del hombre en América desde la misma época en que se encuentran sus huellas en Europa.

Mucho importa la unión de las tierras, pues así acabaremos de una vez con las absurdas hipótesis de inmigraciones por lo que hoy es estrecho de Behring, de viajes de cartagineses, de barcos extraviados é

impelidos por las tempestades, de tribus judías peregrinantes, y hasta de expediciones al país de Fou-Sang. Dejando la unión oriental para cuando hablemos de la raza nahoa, pero admitiendo desde luego la existencia de la Atlántida, encontramos un lado de la unión de los continentes. Por el opuesto, parece ya indudable que la tierra se extendía del país de Gales á la Cafrería, á la Australia y á la Nueva Zelanda. Se cree que la Nueva Zelanda fué la primera tierra que se separó, y por eso ha quedado con su forma triásica y con su hombre triásico; pero que por algún tiempo continuó aún unida á nuestro continente, desde la Patagonia hasta el Perú. Por otra parte, las tierras debieron

estar unidas hacia el norte, de la Nueva Guinea á la Nueva Caledonia, á las islas Marquesas, á California y á las praderas de Nebraska. Solamente así se explica la existencia de hombres de determinada raza en esos diferentes lugares.

Pero hemos dicho que el hombre es antiquísimo en nuestro continente, y que en esto no le cede al hombre del Viejo Mundo. No hablaremos del hombre terciario de California, ni de las muchas disquisiciones que sobre esta materia se han escrito; nos basta una prueba que á las manos tenemos. El hombre posterciario, de la época de la marga y contemporáneo de la fauna colosal en el Valle de México, tiene como



Hueso fósil del Tajo de Tequiquiac

prueba evidente el hueso labrado que se encontró en los trabajos del desagüe.

En nuestro territorio existió en tiempos muy anteriores una fauna que pereció sin duda en los grandes cataclismos que sufrió esta parte del mundo. Nada más común que encontrar fósiles de mastodonte, elefante, buey, cebrá, caballo y aun asno. Sin duda que estos hallazgos produjeron en la antigüedad la invención de las fábulas sobre los gigantes, y las perpetuaron en la época colonial. Pues bien, en los trabajos del Tajo de Tequiquiac, en las capas fosilíferas, se encontró en 4 de febrero de 1870, un hueso que llama notablemente la atención por las entalladuras ó cortes que tiene, y que indiscutiblemente son obra de la mano del hombre. Este hueso es un sacro, al parecer, de llama, y aprovechando parte de su misma forma se ha completado la figura de la cabeza de un cochino ó coyote, practicando las cortaduras sin duda alguna con un instrumento afilado, pues se ve algo todavía el lustre en el labio de la herida, notándose que ésta fué hecha por golpes sucesivos y de corta amplitud. El tejido esponjoso y las mallas del hueso están impreg-

nados de bol y de toba; el canal medular está igualmente lleno de toba adherida, y quedan restos visibles de ella en las cavidades que figuran los ojos y las narices.

Como no puede dudarse de que la parte escultural del hueso es obra de la mano del hombre, se deduce lógicamente que éste existía ya en nuestro Valle en la época á que corresponde el yacimiento en que se encontró, supuesto que dicho yacimiento apareció intacto, sin que hubiera sufrido ningún trastorno geológico, y en él á doce metros de profundidad el fósil en cuestión.

Veamos ahora las circunstancias de ese yacimiento. El terreno es neozoico ó posterciario. Los fósiles encontrados ahí son de elefante, glyptodón, buey, caballo y cochino. El hueso que nos ocupa pudiera semejar la cabeza de este último animal. Las capas del yacimiento consisten en tierra vegetal, barro, toba pomosa, toba caliza, toba arcillosa, arena de pómez, arena cuarzosa y arena feldespática, conglomerados, calizas compactas, arcillas ferruginosas y margas. El hueso se encontró ahí, cerca del carpacho de un glyptodón.

Esto nos demuestra á su vez que el hombre existía aquí en la época postterciaria y que fué contemporáneo de la fauna colosal, perdida después. Y debemos suponer que ya entonces alcanzaba una antigüedad relativa, pues se necesita el transcurso de muchos años para que el hombre, y sobre todo el hombre primitivo, de por sí torpe y rudo, llegue á poseer una arte suntuaria, como es la escultura por imperfecta que se considere, y á usar de instrumentos cortantes al efecto; y acaso á haber formado ya una religión, pues bien pudiera ser este hueso un ídolo animal. De todas maneras la prueba existe: el hombre en nuestro territorio es tan antiguo como en el Viejo Mundo.

¿Pero cuál es ese hombre autóctono, habitador del Valle de México desde época tan remota? No dudamos en contestar que fué el otomí.

Sin embargo, materia nos da para dudar, la existencia del hombre negro en nuestro territorio. ¿Vino antes de que existiera en él el otomí ó fué el primer invasor? En el continente, que se unía al nuestro por el occidente, el hombre era negro, y después de la separación este hombre negro quedó en la Nueva Zelanda, lo mismo que en la Australia y en el África meridional. En Asia existía también el hombre negro: invadida la India por pueblos posteriores, los restos de la raza negra se refugiaron en las montañas, en la región central llamada Vindhya. Todavía existen de esos hombres negros, los glondos, los kolas, los bhilas, los meras del monte Aravali, los chitasy, los minas y los paharias, cuyo tradicional vencimiento ha engendrado el nombre de *parias*.

En cuanto á nuestro continente, apenas quedan huellas del hombre negro, lo que prueba que su existencia en él fué en época muy lejana. ¿Fué la primera en el mundo la raza negra y se esparció por todo él á virtud de la unión de los continentes, ó cuando llegó al nuestro ya existían aquí los otomíes? Su desaparición nos la presenta como raza expulsada y por consecuencia anterior; pero son indicios en contra los caracteres autóctonos de la raza otomí y un hecho tradicional que en nuestro concepto importa mucho: hasta los últimos tiempos pintábanse los sacerdotes de negro, como si fuera recuerdo de los introductores del primer culto.

Como huella clara de la raza negra, tenemos algunas cabecitas de Teotihuacan, y hemos visto una máscara de serpentina de tipo clarísimo. Respecto de esas cabecitas, diremos que en los innumerables túmulos de las ruinas de aquella gran ciudad se encuentran entre diversos objetos: son de barro y terminan en un cuello ó apéndice. Según el señor Orozco, se ponían en los túmulos *para conmemorar la raza de cada quien*. Y en efecto, examinándolas con atención se observa que no están formadas *ad libitum*; y comparándolas se advierte, que los artífices *copiaban de*

personas determinadas. Entre ellas se encuentran algunas con la *nariz abultada y chata y los labios salientes*, que no podrían aplicarse sino á individuos de raza negra. Se advierte también en el examen de esas cabecitas que unas pertenecen á tipos conocidos, mientras otras se refieren á figuras y tocados completamente extraños y diferentes de los registrados en los tiempos históricos. Esto acredita que anteriormente hubo pueblos con trajes desconocidos y *razas diversas de las de los tiempos posteriores*.

Creo que bastaría para aventurar la afirmación de la antigua existencia de la raza negra, el hallazgo hecho de cabecitas de su tipo. Pero á mayor abundamiento tenemos como otra prueba la cabeza colosal



Cabeza gigantesca de Hueyápan

de Hueyápan. Se descubrió por los años de 1860, en la hacienda de ese nombre, sita cerca de San Andrés Tuxtla, es decir, en uno de los lugares más calientes próximo á nuestras costas del Golfo. Se encontró casualmente en las labores del campo, y la curiosidad se limitó á excavar la tierra para descubrirla, dejándola en el hoyo que se había formado. La cabeza es de granito, de dos varas de altura y con las proporciones correspondientes. Su tipo es claramente etiópico, y llaman la atención su tocado especial y la incisión cuneiforme que tiene en la frente y que recuerda algún signo sagrado del Asia.

Como un solo dato, por preciso que sea, es siempre sospechoso, debemos congratularnos del segundo hallazgo, que es una grandísima hacha de granito, encontrada también en la costa de Veracruz. Viendo su tamaño y su peso, se comprende difícilmente cómo podían utilizarla. La parte superior del hacha es una cabeza de hombre parecida á la de Hueyápan; el tocado es semejante; en la parte posterior tiene la incisión cuneiforme; pero el tipo negro es más marcado, más

claro lo chato de la nariz y más pronunciados los salientes bellos.

Pero la prueba perentoria de la antigua existencia de la raza negra en nuestro continente es que todavía se encuentran sus restos en él, y de otros nos hablan los cronistas primitivos. Tales son: los *caracoles* de Haití, los *califurnams* de las islas Caribes, los *arguahos* de Cutara, los *aroras* ó *yaruras* del Orinoco,

los *chaymas* de la Guayana, los *maujipas*, *porcigis* y *matayas* del Brasil, los *nigrilas*, *chuanas* ó *gavnas* del istmo de Darien, los *manabis* de Popáyan, los *guavas* y *jaras* ó *zambos* de Honduras, los *esteros* de la Nueva California, los indios negros encontrados por los españoles en la Luisiana y los *ojos de luna* y albinos, descubiertos unos en Panamá, y destruídos otros por los iroqueses.



Hacha gigantesca de granito. (Escala á $\frac{1}{2}$ del natural)

Todo esto viene demostrando que en época muy lejana, ó antes de la existencia de los otomíes, ó más bien invadiéndolos, la raza negra ocupó nuestro territorio cuando aun estaban unidos los continentes. Esta raza trajo ideas religiosas y culto propio. Más tarde fueron desalojados é impelidos á las costas por los otomíes, ó acaso se vieron obligados á buscar esos lugares calurosos, propios para su naturaleza especial, obligados por el enfriamiento que sufrió este continente con su separación y con los cataclismos de que fué teatro.

Examinemos ahora los caracteres especiales de la raza otomí, para convencernos de que es la primitiva y más antigua.

En efecto, aun cuando la raza negra sea la primera que se extiende en la tierra, aun cuando la admitiéramos como primitiva habitadora de nuestro continente, es,

sin embargo, en él un ave de paso, y debemos buscar otra raza para llamarla autóctona. Hablando Motolinía de los otomíes, los presenta como generación bárbara y de bajo metal; dice expresamente que de ellos descienden los chichimeca; y los coloca en gran parte del centro de nuestro territorio y en todo lo alto de las montañas que á México rodean. Estas pocas indicaciones nos suministran datos importantes sobre esa raza. Todas las tribus emigrantes que fundaron los últimos y más grandes centros de civilización, como México, Texcuco y Tlaxcalla, pretendían descender de los chichimeca, y éstos proceden de los otomíes, según Motolinía, que les da así el primer lugar en antigüedad. Por ser la primitiva, es bárbara y de bajo metal; una de las mayores generaciones muy repartida en lo bueno del territorio; con lo que se indica claramente una raza dueña del país, desgarrada por diversas

invasiones. Además, las diferentes razas que aquí había conservaban recuerdo de su origen; pero contando Mendieta que los primeros habitantes del país fueron los otomíes, dice que es una nación de otra lengua y de menos policía, y que de éstos no se sabe de dónde tuvieron origen, porque no se tiene noticia que viniesen de otra parte. Bastante se determina con esto lo autóctono de la raza; y por haberlos señoreado en nuestro Valle los capitanes de que Mendieta nos habla, se refugiaron en las montañas que lo rodean como cuenta Motolinía, montañas en que aun habitan sus restos.

Todos los pueblos buscan una genealogía para sus razas, y encontrándolas varias y diferentes, las agrupan fingiéndoles un origen común. Tal fué el procedimiento bíblico y semejante el de nuestros antiguos pobladores. Las razas, según esa combinación, procedían de seis hermanos, hijos del viejo *Iztacmíxcóhuatl* y de su mujer *Ilancuey*. *Iztacmíxcóhuatl* quiere decir culebra de nube blanca, ó nube blanca en forma de culebra; es la vía láctea: *Ilancuey* significa rana vieja; la rana es la tierra; así la madre es la vieja tierra. Pues bien, uno de esos hijos del cielo y de la tierra fingían que fué *Otómítl*, personificación y primer ascendiente de la raza.

Ahora bien, si nos figuramos por un momento extendida en nuestro territorio á la raza otomí, allá en los tiempos primitivos, nos podemos explicar después fácilmente cómo fué desgarrada por las diversas inmigraciones y la razón del territorio que ocupaba al tiempo de la Conquista. Pero esto no nos explicaría la antiquísima existencia de la raza maya-quiché al sur de los otomíes.

No se puede dudar de la remotísima antigüedad de esa raza: hay quien cree que en la época en que estaban unidos los continentes emigró hacia el oriente, y que los pueblos occidentales del Viejo Mundo traen de ella su origen. Cuando se ven sus afinidades con los pueblos de las islas que están á su lado oriental y ciertas semejanzas con el mismo Egipto, dan ganas de relacionar con ella á este pueblo. Basta ver cualquiera escultura de la región del sur, como la lápida de Orizaba, para conocer la diferencia esencial de tipos y disposición de figuras con los del resto de las otras razas, y encontrar semejanza lejana con los de otros pueblos que existieron separados por los océanos de esa raza maya-quiché, entre ellos el egipcio. Y sin embargo, no tenemos razones suficientes para sostenerlo ni como hipótesis: muchos siglos transcurrieron después de la separación de las tierras, y precisamente esos dos pueblos son los que en ambos mundos recibieron más influencias extrañas. Pero de todas maneras queda este hecho: los maya-quichés son pueblo antiquísimo y no hay razón para considerarlo emigrante ni para negarle el carácter de autóctono y primitivo. Si nos referimos á los mayas exclusivamente, para no complicarnos, encontramos en ellos un tipo

original y persistente, y un idioma persistente también, tan persistente que todavía lo imponen á los descendientes de los españoles.

Pues bien, si examinamos con cuidado su idioma,



Lápida maya de Orizaba

encontraremos en él dos elementos diversos: uno extraño, en su mayor parte nahoa, debido á las invasiones é influencias extranjeras de largos siglos, y el otro completamente original. Este elemento original da un carácter monosilábico á la lengua. El señor Ancona hace notar que el monosilabismo y la onomatopeya dominan en el maya; tanto, que si se hicieran todas las combinaciones monosilábicas posibles con las veintitres letras de su alfabeto, por lo menos las dos terceras partes de las voces resultantes serían otras tantas palabras que tuviesen algún significado.

Nos encontramos, pues, con dos centros de origen monosilábico: los otomíes en la parte media de nuestro territorio y los mayas al sur. Acaso en un principio fueron un solo pueblo; pero á los segundos no los podemos estudiar en su estado primitivo, porque se nos presentan ya con una lengua y una civilización muy avanzadas, en las cuales hay influencias extrañas de larguísimo período de tiempo, que por siglos tiene que contarse. Y no obstante esto, se descubren grandes conexiones entre los otomíes y los mayas con otros pueblos de nuestro territorio y aun de nuestro continente.

La lengua es elemento de gran valor para explicar las relaciones etnográficas. El otomí es lengua de un carácter esencialmente primitivo. Le llamaban *otómítl* los mexicanos; pero su verdadero nombre es *hiú-hiú*. Todas las circunstancias de esta lengua manifiestan la pobreza de expresión de un pueblo contemporáneo de la infancia de la humanidad. Así, una misma voz tiene muchos significados, y muchas veces el nombre se toma

como verbo con sólo la variación del acento. Las categorías gramaticales se hallan poco determinadas; el nombre no tiene declinación ni género y el verbo no conoce más modo que el activo. Las voces son objetivas; y si algunas parecen metafísicas, se relacionan siempre con objetos materiales. Como es lengua sin bases determinadas, se divide en muchos dialectos; ó más bien, en cada pueblo se habla un dialecto de otomí, que por lo mismo no podemos considerar como lengua propiamente dicha. Y la confusión aumenta, porque obligando la pobreza de palabras á mudar los acentos, esto produce un gran número de letras distintas que son nada menos, según nuestra cuenta, que catorce vocales y veinticuatro consonantes. Cuando se piensa en los muchos siglos que han estado los otomíes en contacto con pueblos de civilización más avanzada se comprende la verdad histórica de la persistencia de la raza y de la lengua. Hoy mismo muchos pueblos de otomíes, no muy lejanos de los centros de población, no conocen el castellano y persisten en su lengua como en ellos persiste invariable el tipo de su raza.

Se extiende hoy el otomí por los Estados de San Luis, Guanajuato, Michoacan, México, Hidalgo, Morelos, Tlaxcalla, Puebla y Veracruz y se habla en todo el de Querétaro. Esto acredita que los otomíes ocuparon todo el centro del territorio. Pero además sus relaciones lingüísticas con otros pueblos vienen á explicar relaciones de raza. Encontramos estas relaciones con lenguas de otros pueblos del país, como son el serrano, el mazahua, el pame con sus dialectos y el jonaz ó meco, acaso restos del antiguo chichimeco; pero las hay también, aunque ya aparecen lejanas por el transcurso de los siglos, con la familia apache. Y tomemos en cuenta que el apache es una rama del athapasco, el idioma más septentrional del Nuevo Mundo, con excepción del esquimal. Mayores estudios acaso conducirán á una unión continental monosilábica ó cuasi monosilábica de raza.

Las relaciones del maya son también muy extensas. Abrazan las lenguas del sur del territorio, penetran en la América Central y aun más allá, se extienden á las islas, y siguiendo por la costa del Golfo llegaban hasta el natches del valle del Mississipi, en el corazón de los Estados Unidos.

¿Bastará esto para decidir la cuestión? No: vamos en un camino oscuro en que poco podemos conocer, y en que mucho se nos tiene que corregir.

Veamos lo que nos dicen las costumbres, y primitivas solamente podemos encontrarlas en los otomíes. Sahagún nos cuenta que eran de su condición torpes é inhábiles. Eran codiciosos de dijes y gustaban de usar toda suerte de adornos, aun cuando los llevasen desairadamente. Las mujeres no sabían ponerse bien ni las enaguas ni el huipil, traje que recibieron de la raza nahoa y que es el que ahora usan. Las mozas se emplumaban con plumas de color los piés, piernas y

brazos, se afeitaban el rostro con betún amarillo, sobre el cual se ponían dibujos de diversos colores y se pintaban los dientes de negro: traían los cabellos largos y sueltos y nunca los peinaban hasta que eran madres. Los hombres se rapaban la cabeza, dejando sólo un mechón; y los hombres ya de edad se atusaban la mitad



Tipo otomí

posterior de la cabeza, dejando crecer por delante el cabello. Se pintaban los otomíes los pechos y los brazos con una labor que quedaba de azul muy fino, dibujada en la misma carne que cortaban con una navajuela de *iztli*.

Este modo salvaje de vestir y adornarse, que ni los mismos otomíes han usado después, son enteramente extraños á los pueblos civilizados que encontraron los españoles, y liga á aquellos con las tribus bárbaras de nuestra frontera y del norte que todavía se *tatúan* y se empluman; lo que nos conduciría tal vez á encontrar conexiones entre el otomí y el piel roja y podría llevarnos hasta el hombre rojo y el maorí, que habrían quedado aislados á la ruptura de las tierras.

Hay en las razas siempre dos manifestaciones muy genéricas: la habitación y la ocupación habitual. Los otomíes más adelantados llegaron á formar ciudades, y aunque hay autores que opinan que no lo alcanzaron hasta el siglo xv bajo el dominio de los señores de Texcoco, sabemos que antes del siglo vii habían fundado á Man-he-mí, que después fué Tóllan, y debemos creer que la primera ciudad anterior á la de los nonoalca, que después fué la Teotihuacan de los tolteca, la fundaron también ellos; lo que nos haría remontar á los primeros siglos de nuestra era. Pero esas ciudades debieron tener un carácter muy primitivo, pues Sahagún refiere que vivían en jacales ó chozas de paja no muy pulida, y que aun el templo de sus dioses era de paja.

Pero esto sucedió en tiempos ya muy avanzados y en localidades muy determinadas; pero por costumbre el otomí fué troglodita. No solamente en los jeroglíficos vemos á los otomíes y á los chichimeca como habitantes de cuevas, sino que por donde quiera, en nuestro mismo Valle, se encuentran en las cavernas señales inequívocas de su antigua habitación. Se descubren en ellas á veces trastos y restos de armas, ídolos en otras; y no há mucho halláronse en una gruta de Monte Alto varias momias de señores ó jefes otomíes.

En esto también se relacionan los otomíes con los

habitadores del Sur de nuestro territorio y con los del Norte de América, pues en ambas partes se hallan grutas como antiguas habitaciones y en ellas idénticos trastos, restos semejantes de armas y utensilios muy parecidos. Tenemos á la vista una pequeña hacha de diorita encontrada en Ohio, y nada puede ser más parecido á las hachas que comunmente se descubren en nuestro territorio.

Pero si la habitación aproxima á esas razas también lo hace su antigua ocupación habitual. El otomí y el chichimeca fueron pueblos cazadores y dados al merodeo. De esto hay manifestaciones clarísimas en varias pinturas, en las que se pone al principio al indio con su arco y su flecha, apuntando ya á un conejo, ya á una liebre. Chichimecas vinieron al centro que por excelencia se llamaban cazadores. Los tlaxcalteca, antiguos teochichimeca, á pesar de haber entrado en la civilización nahoa, tenían por deidad principal á *Camaaxtli*, dios de la caza. Los tepaneca celebraban con suntuosos ritos la época de las cacerías. Y todo recordaba el estado primitivo de una raza cazadora. Y en esto también hallamos semejanzas con las tribus bárbaras del Norte. En vano se las obliga á vivir en reservaciones y se las quiere sujetar al suelo por la agricultura; escápanse á menudo, y siguiendo su instinto de raza tórnanse cazadoras y se lanzan al pillaje y al merodeo.

La teogonía es un dato muy útil en estas comparaciones; pero aquí nos hace falta, pues aun con el contacto de pueblos civilizados alcanzaron poco los otomíes en esta materia y no creían en la inmortalidad del alma, sino que pensaban que acababa con la vida del cuerpo. Estudiando la fábula de la muerte de los viejos dioses de Teotihuacán, nos llamó la atención que sus nombres, como *xolotl* y *citli*, eran de animales. En el libro sagrado de los quichés son animales también los personajes providenciales y los dioses. En las cavernas del Sur se encuentran en gran cantidad idolillos con



Ídolo animal

figuras de animales. El idolillo de carácter más primitivo que se ha encontrado en Teotihuacán representa un *coyolt*, (coyote), ú otro animal semejante. Pero en esta cuestión el dato más importante es el hueso fósil de Tequixquiac, que, como hemos visto, semeja la cabeza de un cochino. No es posible creer que en aquel estado

primero y atrasado labrara huesos el otomí para que le sirviesen de ornato. El ornato de la habitación es el lujo, el refinamiento, la civilización avanzada. El otomí labraba un cochino para adorarlo como dios. Así es que la religión del pueblo autóctono fué el culto de los animales, que persistió todavía en época muy avanzada, hasta que los nahoas fueron imponiendo con sus conquistas sus dioses astronómicos.

¿Pero alcanzaron alguna cultura aquellos primeros pueblos? No nos extraña el encontrarlos ya en el período histórico degradados y casi embrutecidos. Las invasiones los desgarraron sin comunicarles su savia nueva, y los pueblos inferiores van bajando y pereciendo al contacto de razas más adelantadas. Mal haríamos en juzgar por nuestros actuales indios el estado que guardaba el señorío de México antes de la Conquista. Y sin embargo, nada más han pasado tres siglos, y las circunstancias desfavorables no han podido compararse á lo que debieron sufrir aquellos primeros pueblos, destrozados de siglo en siglo, empujados de valle en valle y lanzados de montaña en montaña.

Juzgamos que alcanzaron alguna cultura porque nos han dejado inscripciones en rocas. El jeroglífico primero no pudo ser ideográfico, tuvo que ser meramente figurativo; y en él no podemos encontrar signos convencionales, sino para expresar ideas muy vulgares y necesarias, que no podían representarse materialmente. Tal es el carácter de las inscripciones en rocas. La humanidad, como el hombre, tiene tendencia instintiva á querer perpetuar su memoria; primero quiere dominar en toda la tierra, después quiere conquistar todo el tiempo. Para esto levanta monumentos que en su soberbia cree imperecederos; pero cuando no ha llegado á esa cultura aprovecha los monumentos de la Naturaleza y graba en las montañas sus recuerdos.

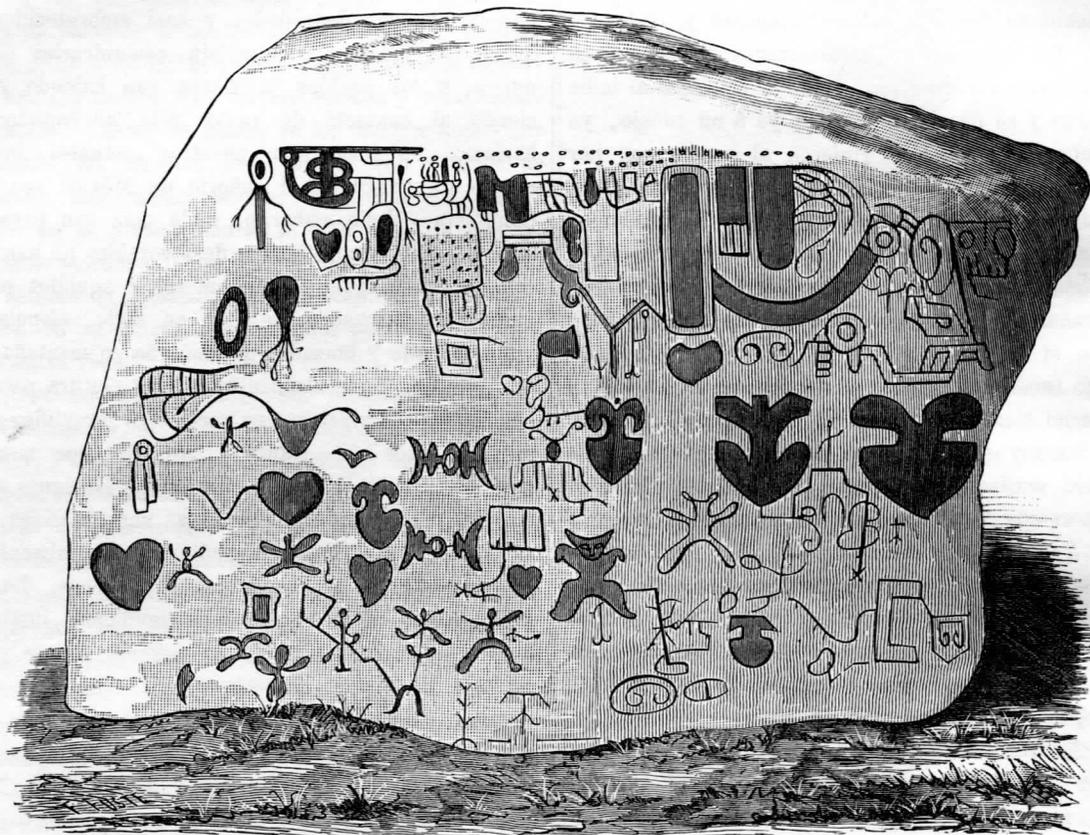
Y en esto también se relacionan los diversos pueblos primitivos del continente. Encontramos esas inscripciones en altísimas montañas del Perú, y no pertenecen á los pueblos civilizados porque los incas no usaron jeroglíficos. Humboldt refiere que en la América meridional, entre el 2° y 4° grado de latitud norte, se encuentran rocas de granito y de syenita cubiertas de representaciones simbólicas, figuras coloradas de cocodrilos, de tigres, de utensilios y de signos del sol y de la luna, en un paraje enteramente deshabitado que tiene una extensión de más de quinientas millas cuadradas. Esta llanura está rodeada por cuatro ríos, el Orinoco, el Atabasco, el Río Negro y el Casiquiare, y Humboldt afirma que las inscripciones no pueden ser obra de los pueblos circunvecinos existentes, de manera que deben pertenecer á la raza primitiva. Hagamos notar de paso y como incidencia la igualdad del nombre del río Atabasco con el de las tribus athapascas ó atabascas de la parte más septentrional del Nuevo Mundo.

En nuestro territorio, en que dominó al fin la civilización nahoá, no podían encontrarse inscripciones de ese carácter; y sin embargo, hay como un recuerdo de ellas en diversas esculturas hechas en los cerros, y hacia la parte Norte se encuentran semejantes como la notable de Tequila. Tenemos además dibujos de piedras colosales grabadas que existen en el Estado de Durango.

Pero en el territorio de los Estados Unidos se han

encontrado varias de esas inscripciones, y siguieron su sistema las tribus bárbaras hasta tiempos muy avanzados, como lo demuestra la famosa roca llamada *Dighton Writing Rock*.

No nos atrevemos á sacar consecuencias de todos estos hechos, pues son de por sí aislados y no queremos entrar en cuestiones inútiles sobre si esa raza primitiva nació en esta tierra ó en tiempo lejanísimo vino á ella. Nos basta encontrar pueblos monosilábicos, pueblos con



Piedra labrada de Aype

conexiones que no pueden ser casuales, extendidos por todo el continente, para cometer la audacia de decir: la primera raza que existió aquí, y por eso la llamamos autóctona, fué la raza monosilábica.

No necesitamos de esfuerzos de imaginación para figurárnosla en aquellos tiempos primeros. Mayor calor en la temperatura y mayor extensión en las tierras producían extensísimos bosques de árboles gigantes. Sin duda que ya desde entonces sacudían al viento sus canas cabelleras los colosales ahuehuetes de Chapultepec, ya se extendían por todo el lomerío los tupidos arbolados de altísimos cedros, y ya los pinares bordaban las crestas de las elevadas montañas que rodean nuestro Valle, entre las cuales descollaban ya desde entonces el Axochco, semejante á titánico león dormido, que aun no despertaba para rugir su primera erupción, y el Popocatepetl y el Ixtacíhuatl, que ya cubrían sus frentes de eternas nieves. En un cielo de brillante azul reverbe-

raba un sol de oro. En la inmensa cuenca se adormecía inmenso y tranquilo lago. Poblaban los aires el águila caudal y aves extrañas de tamaño extraordinario; mientras por las laderas caminaba el pesado elefante, saltaba el feroz tigre y pastaban tranquilos el buey, el caballo y el cochino al lado del glyptodón que arrastraba pesado su carpacho, que semejaba escudo de gigante. Era la habitación del hombre, desnudo y apenas ornado de plumas y de labores de diversos tonos en su cuerpo y rostro feroz, la caverna abierta en la montaña, y en tanto que en ella se resguardaba la familia desnuda también, que quedaba adorando á sus ídolos-animales, el hombre buscaba en la caza el alimento con su flecha, teniendo á veces que sostener en defensa de su persona y de su guarida, combates terribles con la fauna colosal. En aquellas circunstancias aparecieron sin duda los primeros hombres negros. La vida no pudo ser en esa época sino la lucha por el sustento. La familia se

formaba solamente por el instinto animal. La inteligencia se limitaba dentro de los cráneos comprimidos de aquellos salvajes. No pudiendo levantar su alma, la sentían pesada como la materia, y con la muerte del cuerpo creíanla muerta. La sociedad era imposible: no podía existir más que el agrupamiento por necesidad. La única ley era la fuerza y el único ingenio la astucia. Se alimentaban con los frutos silvestres que tomaban de los árboles y con la caza que perseguían en el bosque, y por lo mismo no era posible la propiedad y era desconocido ese derecho. Así como nada los ligaba al cielo y á un Dios eterno, nada tampoco los ligaba al suelo y no había para ellos patria. Expresábanse en lengua salvaje y en todo revelaban su primitivo estado de barbarie.

Pero entre esa época y la que se distingue por las primeras introducciones de la civilización nahoá, hubo otra de que no quedaron ni recuerdos, pero que nos la revelan algunos vestigios. En el mismo tajo en que se encontró el hueso labrado, se hallaron también otros ejemplares de industria humana, como husos ó malacates, barro con grecas, jarras, una concha de ostra comenzada á labrar y pipas. No son tan antiguos estos objetos como el hueso fósil, ni pertenecen á la misma época, porque no se encuentran en la capa fosilífera, sino entre la tierra vegetal y la toba. Suponen un estado de mayor adelanto la existencia del hogar y la consolidación de la familia: el malacate para hilar algodón nos presenta una raza vestida; la concha labrada y los útiles con grecas acusan cierto refinamiento: todo esto podría referirse á los primeros nahoas, pero las pipas encontradas nos alejan de ese pensamiento. Ninguno de los pueblos conocidos fumaron en pipa. Estas pipas son de forma muy caracterizada, de barro y con un esmalte ó betún rojo muy brillante. Debieron pertenecer á una civilización intermedia á la cual pueden referirse igualmente las inscripciones en rocas.

Viene confirmando esto la variedad de tipos encon-



Idolito de tipo chino

trados en Teotihuacán y algunos de sus tocados que no pertenecen á las civilizaciones conocidas. Ya el ídolo de tipo chino encontrado en 1867 en un sepulcro de Ichcaquixtla, Estado de Puebla, había hecho pensar en antiguas inmigraciones por el occidente. Pero no podemos saber la época á que pertenece y ésta tiene que ser relativamente moderna, pues el ídolo es de diorita y por lo mismo ya de la edad de la piedra

pulida. Iguales observaciones ocurren sobre otro de igual materia y tipo, aunque más importante, que hemos tenido en nuestras manos. Las cabecitas de Teotihuacán, cuya antigüedad es notoria, nos dan, según las épocas, tipos muy diferentes: entre ellos algunos induda-



Pequeña figura de Teotihuacán

blemente primitivos, acusados por la clase del barro, por el dibujo y la ejecución. Se hallan tipos que se distinguen por la falta de pelo, como si aquellos individuos acostumbraran á raparse la cabeza. Con la cabeza también lisa, aunque con la frente ancha, ofrecen otros una forma redonda y bien proporcionada. Los hay con la nariz abultada y chata y los labios salientes, como ya hemos dicho. Se encuentran varios rapados, pero llevando tres adornos ó mechones al medio y á los lados de la frente. Unos llevan el pelo con una especie de bandas en forma piramidal, recogido en la parte superior por un lazo que cuelga al lado izquierdo. Del mismo género hay otros en que se exagera más el tocado. Obsérvese á veces el pelo dispuesto en forma de tejado, con un adorno sobrepuesto alrededor, y tiene de muy singular el adorno sobre los ojos, que dice el señor Orozco, que si de tiempos modernos fuera, lo compararía á grandes



Cabecita de Teotihuacán

gafas; pero que no puede ser otra cosa que distintivo de dignidad ó de raza. Tipo egipcio parece el de otros que tienen una banda sobre la frente y dos especies de alas laterales: en ellos están bien marcadas las orejas redondas comunes á varias de estas figuras. Distingue á no pocos, y acaso es lo que llama más la atención, la especie de turbante que les ciñe la cabeza y los lienzos que bajando por las mejillas cierran debajo de la barba, recordando á algunas naciones asiáticas. Y se ven también cabecitas con una gran gorra, cuyo labrado indica pieles y que tiene una pluma ó borla en la parte

superior, lo que hace pensar en los tártaros. A poco reflexionar se hace patente que de los modelos examinados pertenecen unos á tipos conocidos, mientras los otros son completamente extraños y se apartan totalmente de lo registrado en los tiempos históricos.

Invasiones extrañas en la remota antigüedad, diferentes de la histórica de los nahoas, parecen indudables. La más natural que á los historiadores ha ocurrido es la de los chinos; y tuvo gran apoyo la idea cuando el padre Nágera sostuvo que el otomí era lengua de estrecho parentesco con el chino. Contradicha esta idea por el señor Pimentel, vale la pena de considerarla.

Morton, Maury, cuantos sabios de la materia se ocupan, encuentran conexiones indiscutibles entre los diversos pueblos primitivos de América y parentesco íntimo en su gramática y sus lenguas, y señalan como tipo el athapasco. Pero éste ha recibido muchas influencias extrañas: así es que nosotros escogemos mejor tipo, el otomí, que se conserva más puro y más original y que corresponde á una raza primera indiscutible. Los mismos escritores ya no dudan de las relaciones entre las lenguas del Nuevo Mundo y las chinas é indochinas. Vamos solamente á precisar la cuestión entre el chino y el otomí, porque esto para nosotros trae consecuencias nuevas y más interesantes de lo que se ha creído. Y no olvidemos que la separación de muchos siglos no permite que queden sino huellas aun entre lenguas que hayan sido antes una sola. Por lo tanto, si estas huellas existen y si también hay relaciones de tipo y de escritura, entonces una afirmación no sería aventurada. La comparación entre estas dos lenguas es tanto más oportuna cuanto que son los únicos verdaderos representantes que quedan del monosilabismo en ambos mundos; si bien en su estado actual se encuentran ya con modificaciones extrañas, lo que hace decir á los tratadistas especiales que el chino tiende á la aglutinación, y ha sido causa de que el señor Pimentel llame cuasi monosilábico al otomí. La primera circunstancia de ambas lenguas es la gran cantidad de letras en sus alfabetos: hemos hablado de las del otomí; diremos ahora que el chino tiene treinta y seis consonantes. Hemos dicho que en el otomí el monosilabo adquiere distinta significación y á veces representa diferente parte de la oración, según el lugar en que se acentúa. En chino el acento se manifiesta por una especie de entonación cantante, que puede darse de cuatro maneras diferentes, lo que hace que cada monosilabo forme cuatro palabras distintas. La pronunciación china es esencialmente nasal como la otomí. Cuando se quiso escribir el otomí fué preciso inventar letras agregadas á las sílabas, como *h*, *ng*, *nn*, *mm*, para expresar el signo musical de la voz. De aquí se sigue que cuantos sistemas se han empleado para escribir el otomí han sido todos insuficientes. Por lo que el padre Nágera ha dicho, que esta lengua necesita de un género de escri-

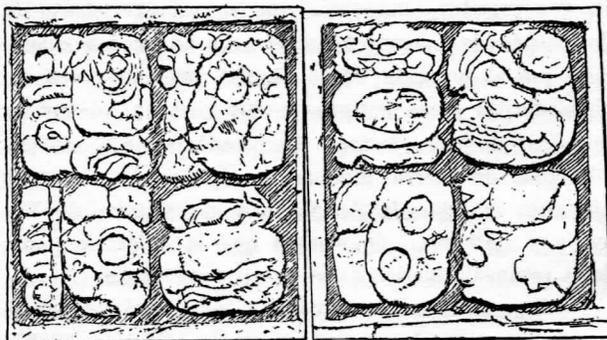
tura en el que hubiera signos conque fijar el significado de las palabras que con las mismas letras y tono pueden tenerlo diverso; lo que él pensaba que acaso podría conseguirse con la escritura china. Por la misma razón los chinos no han podido usar de la escritura fonética, es decir, de signos que representen sonidos y articulaciones, pues eso los hubiera expuesto á innumerables confusiones, porque muchas palabras muy diversas tendrían que escribirse de la misma manera y harían creer que tenían la misma significación. Por eso entre los chinos la escritura no ha salido del período ideográfico, durante el cual las ideas se representaban por imágenes ó por signos de su forma abreviada. Hoy la escritura china comprende cerca de cincuenta mil signos, formas alteradas ó abreviadas de las figuras de los objetos representados, pero que antiguamente manifestaban los mismos objetos. Basta la similitud de los elementos citados para poder decir que esas dos lenguas tuvieron parentesco muy próximo en tiempos lejanos.

Y el parentesco de los dos pueblos se acusa todavía por la semejanza de tipo: en el otomí se trasluce el color amarillo de la raza, y los ojos no son horizontales, sino que se desvían hacia arriba por su lado exterior. Estas circunstancias son comunes á muchos pueblos del Norte y del Sur del Nuevo Mundo. También sorprende la semejanza de las figuras de las rocas esculpidas, que se encuentran regadas en nuestro continente, con las figuras de los primeros caracteres chinos. Todo confirma que ha habido parentesco inmediato entre los chinos y la raza monosilábica que ocupó toda la extensión del Nuevo Mundo. De ahí deducen ya que esta raza primitiva descende de los chinos. Y á nosotros se nos ocurre preguntar: ¿no sería lo contrario, que los chinos descendan de ella, y sean pueblo emigrante de aquí?

Esto merece que entremos en algunas consideraciones. Probada entre nosotros la existencia del hombre posterciario, aparece más moderno el chino, y por lo mismo es más lógico decir que éste salió de aquí. El pueblo monosilábico ocupa en la antigüedad todo nuestro continente; los chinos ocupan primitivamente una pequeñísima parte del Viejo Mundo, y es natural deducir que lo menor salió de lo mayor. Las tradiciones de los chinos nos los presentan, en un principio, como una colonia que se establece en medio de pueblos extraños, lo que acredita que llegaba de otros lugares; y como el monosilabismo no pertenecía á los pueblos entonces existentes en el mundo á que llegaban, hay que creer que lo llevaban del mundo en que era la lengua natural. Los chinos pugnaron por extenderse y se extendieron á su occidente; luego iban de un lugar que estaba al oriente de ellos, es decir, de nuestro continente.

Las comparaciones de las lenguas china y otomí con el maya confirman las anteriores ideas. A pesar de que el maya alcanzó gran adelanto, todavía hoy para escribirlo han tenido que inventarse letras especiales, y

ni aun así se puede obtener la verdadera pronunciación de las palabras. El padre Landa da un abecedario que atribuye á los antiguos mayas; pero la verdad es que con él no pueden leerse ni los jeroglíficos escritos como el códice de Dresde ni las inscripciones de los monumentos. Se ha dado á esta escritura el nombre de calculiforme, por estar distribuída en cuadrados, en líneas simétricas verticales y horizontales. Si se examinan atentamente las diversas inscripciones de un mismo lugar, se observa que varias de ellas están repetidas muchas veces; y un examen más atento de



Inscripciones del Palenque

cada una, especialmente de las del Palenque convence de que son signos ideográficos, es decir, antiguas figuras simplificadas á semejanza de los caracteres chinos. Esto nos permite atrevernos a decir, los primeros, que los signos calculiformes son 'monosilábicos y que por lo mismo las inscripciones mayas y palencanas son relatos compuestos de cifras monosilábicas.

Acercaría también á la raza china con las de este continente el uso de los quipos, ó sea unas cuerdas compuestas de otras pequeñas de distintos colores, que anudadas de diferentes maneras servían para perpetuar los sucesos, llevar las cuentas administrativas, etc., supliendo los oficios de la escritura. Muy en uso en el Perú, de donde toman el nombre de quipos, se introdujeron entre los chinos por Soui-jin, y con ellos llevaban, no solamente las cuentas comerciales, sino que les sirvieron para entender y conocer las leyes de la nación y los primeros principios morales. Se pretende que en su origen japoneses y tibetanos usaron un procedimiento análogo. Según Boturini, que dice haber visto en Tlaxcalla muestras de ellos carcomidos por el tiempo, se usaron aquí con el nombre de *nepohualtzitzin*, cordón de cuenta y número ó cuenta de los sucesos.

De todas maneras, cualesquiera que sean las relaciones que con otros hayan tenido nuestros pueblos primitivos, se nos presentan éstos completamente diferentes de los nahoas, raza polisilábica aglutinante, que conservaba el recuerdo de haber venido de otra parte, de haber sido en un principio extranjera, por más que despues ella y su civilización se impusieran

de tal modo que todo lo dominaron, y sus recuerdos, sus ideas y sus creencias es lo único que verdaderamente sabemos. La llegada de la raza nahoas fué antes de 3000 años de nuestra era. Y desde luego se nos presentan dos cuestiones: ¿quiénes eran? ¿de dónde y por dónde vinieron? Es increíble la cantidad de suposiciones que desde el siglo xvi se encuentran en los cronistas, para explicar su procedencia; los unos procurando concordar siempre las cuestiones con sus ideas religiosas, los otros dejándose llevar de los sistemas más extravagantes. Hoy creemos poder contestar á la pregunta, apoyados en los descubrimientos y progresos de la ciencia, que los nahoas vinieron por la Atlántida.

Lo que fué en un principio, según se creía, sueño de Platón, va tornándose en realidad: la Atlántida, que se dibujaba apenas al nacer en el cerebro del poeta, toma ya forma en el dominio de las investigaciones humanas: todo parece probar que el genio, como Dios, sabe crear mundos. Si eran verdaderos recuerdos cosmogónicos, conservados por los hierofantes de Egipto en el simbolismo de sus ritos y en el misterio de sus templos, cierto es que el filósofo griego, de siglos atrás planteó la cuestión á la humanidad, y que por fin la ciencia se ha decidido á estudiarla.

Platón no solamente reveló la anterior existencia de la Atlántida, sino que puso de manifiesto además algunas de sus leyes y costumbres, y hasta llegó á describirla en parte; y esto en dos hermosos diálogos, que con los títulos de *Timeo* y *Crisias* dan cabo y remate á sus llamados *dogmáticos*. En el primer diálogo cuenta Crisias á Sócrates, Timeo y Hermócrato, que al viejo Crisias refirió Solón el siguiente relato que en el Egipto le hizo un antiguo sacerdote de Sais: «Entre la multitud de hazañas que honran á vuestra ciudad, que están consignadas en nuestros libros y que admiramos, hay una mayor que todas las otras, testimonio de una virtud extraordinaria. Nuestros libros cuentan cómo Atenas destruyó un poderoso ejército que, salido del Océano Atlántico, invadió insolentemente la Europa y el Asia, porque entonces se podía atravesar este Océano. Se encontraba en él, en efecto, una isla situada frente al estrecho que llamáis en vuestra lengua las Columnas de Hércules. Esta isla era más grande que la Libia y el Asia reunidas: los navegantes pasaban de allí á las otras islas, y de éstas al continente que rodea ese mar verdaderamente digno de tal nombre.»

Véase en este relato una tradición egipcia, véase la vanidad ateniense refiriendo hazañas que no recuerda la historia, lo cierto es que los pueblos más viejos del Viejo Mundo recordaban una época más antigua que hacían coincidir con la existencia de la Atlántida.

Curioso sería hacer una bibliografía de todos los escritores que de la Atlántida se han ocupado; no es ese nuestro ánimo: basta consignar el hecho de que los historiadores que sobre México han escrito, siempre que

han buscado el origen de su población han ocurrido, como único medio de solución posible, á la existencia de la Atlántida.

Veamos lo que nos dice la ciencia. Parece que las primeras pruebas materiales, digámoslo así, de la referida Atlántida, fueron el descubrimiento hecho por marinos ingleses de enormes fucos que crecen entre el África occidental y el golfo de México, y que embargan á menudo la marcha de los buques; advirtiéndose también que al rededor de este espacio, que llaman el mar de *zargazo*, existe una formidable corriente, que es la misma denominada *Gulf-Stream*. Sin duda que esto podía ser un dato, y si se agrega la existencia de las Antillas y de las diversas islas que en ese espacio del Atlántico están como escalonadas de distancia en distancia, ya la prueba adquiere mayor fuerza, supuesto que tales islas no son otra cosa que picos de montañas y cordilleras submarinas. En apoyo de estas conjeturas el descubrimiento continuo de huesos de grandes paquidermos en América hizo pensar con razón á los sabios que solamente la unión de los continentes pudo dar paso á esos gigantes de la fauna. Levantóse á mayor altura la ciencia, y un genio tan poderoso como Edgar Quinet, buscó nueva solución á este problema y á otras cuestiones de no menos importancia que le son anexas. Según su opinión los grandes animales necesitaban para vivir un continente extenso y proporcionado á su desarrollo vital; y cuando por el hundimiento de la Atlántida dejó de tener esa condición la tierra en que vivían, fueron pereciendo los paquidermos hasta perderse enteramente. La comunicación de los continentes daba la solución de la transmigración de los animales, y su desaparición viene también á confirmar la antigua unión. Desde que los dos hechos, la existencia anterior y la no existencia posterior, demuestran en su aparente contradicción la unión continental, ya existe una gran probabilidad científica.

Pero la ciencia, que nunca se detiene en el camino de sus investigaciones, ha pretendido fijar la época de esa Atlántida. Nuestro sabio amigo M. Hamy, estudiando la cuestión sostiene que los trabajos más recientes de los paleontólogos y de los geólogos revelan una Atlántida terciaria. Las conchas terciarias de los Estados Unidos, venus, isocardas, petonelas, volutas, fasciolas, etc., son idénticas á las conchas de las capas francesas correspondientes. El examen comparativo de los insectos ha probado que gran número de especies viven todavía hoy sobre las dos riberas del Atlántico, y presentan apenas ligeras variaciones de Inglaterra á Alabama. Sorprendente es también la analogía de la fauna terciaria de ambos continentes, analogía que se extiende también á la flora de la misma época. Pero la más notable prueba ha sido el estudio de los tres inmensos depósitos terciarios lacustres de la península ibérica: el uno se extiende sobre una gran parte de

Castilla la Nueva; el segundo ocupa al norte una superficie considerable de Cataluña, Aragón y Castilla la Vieja; y el tercero, intermediario y menor que los otros, corresponde á las provincias de Teruel y Calatayud: todos juntos dan la imponente cifra de 145.500,000 metros cuadrados, á lo que debemos agregar que el espesor de este vasto depósito es de trescientos piés, y aun mayor en ciertos lugares. Una masa tan considerable de sedimentos de agua dulce manifiesta la antigua existencia de ríos inmensos que han vaciado su caudal durante un larguísimo espacio de tiempo en esos extensos depósitos. Tales ríos suponen á su vez grandes continentes que en esta reconstitución del pasado de nuestro hemisferio no se pueden colocar más que al noroeste de la Iberia, pues al norte son obstáculo las rocas antiguas de los Pirineos, al sur los granitos de los montes Carpetanos y los macizos silurianos de Sierra Morena, y al este los depósitos terciarios marinos de Andalucía y de Murcia, de Valencia y Cataluña; de manera que la Atlántida partía de la península ibérica hacia nuestro continente.

Ahora la cuestión se reduce á indagar si los nahoas se relacionan de alguna manera con la Atlántida. Según el relato de Platón, la ciudad principal de aquel continente sumergido estaba construída sobre un lago; era paludeana y es notable que los nahoas buscaban de preferencia los lagos para establecerse: conocemos por lo menos las siguientes ciudades lacustres: Aztlán, Mexcalla, Pátzcuaro, Texcoco, Chalco, Tzompanco, Chapultepec, Atzacapotzalco y México, grandes centros ó estancias importantes de la civilización nahoa. El idioma poco nos puede decir á este propósito, y sin embargo, llama la atención la última Thule del trágico latino, que parece que Islandia fué otra Tula, y que no faltan nombres de ciudades con la misma raíz como Toulón y Toulouse en Francia y Tolosa y Toledo en España. El mismo Platón nos conserva el nombre de una ciudad de la Atlántida, y una sola voz del idioma atlante que tiene gran relación con la palabra *chalchihuitl*, que en nahoa quiere decir piedra preciosa, y que puede acaso ser clave preciosa de la cuestión. Tenemos en las tradiciones teogónicas del África, que Hermes, el dios del comercio, es hijo de Atlas y de Maya: Atlas, montaña que está en África, es representante de la raza de esa región y Maya es la raza de Yucatán, la raza americana. El vascuence no tiene relación ninguna con las lenguas europeas, y sí tiene muchas con las americanas y especialmente con el nahoa; y es de notarse que los vascongados sostienen que son el pueblo más viejo de la Iberia. En la aritmética la combinación nahoa del 4 y el 20 se encuentra en los vascos, y como recuerdo en la edad de 4 veintes de los irlandeses y en el 80 de los franceses, que sin duda lo recibieron de los Celtas y éstos de pueblos más antiguos.

Las relaciones entre vascos y nahoas son probables; parece que son los atlantes que se extendieron al occidente en lo que es hoy el Nuevo Mundo, y ocuparon el oriente de la Atlántida con el nombre de iberos. Llegaron allí sin duda hasta lo que hoy es la Rusia, pues en ella se encuentra una Tula, y fueron detenidos por los etruscos, que es el hecho recordado por Platón: son los hiperbóreos de Theopompo, la población que, según las tradiciones célticas, fué obligada por la mar á abandonar sus islas lejanas y establecerse en lo que después fué Galia. En nuestro continente avanzaron hasta encontrar las grandes llanuras del Pacífico entre los grados 35 y 45. Extendiéronse todavía al norte empujando á la raza monosilábica; pero la época glacial los obligó á buscar el rumbo del sur, y es probable que, siguiendo siempre la costa del Pacífico, llegaron hasta el Perú, en cuya raza inca encontramos parentesco con los nahoas.

Sin embargo, esas emigraciones deben ser muy primitivas, pues la raza nahoa aparece en los tiempos primeros cortada en el norte de nuestro territorio y extendiéndose solamente desde Sonora y Sinaloa hasta Chihuahua y Zacatecas, es decir, entre los grados 22 y 32 de latitud norte. Ocupaba el centro la raza otomí, y de la línea de Chiapas á Yucatán hacia el sur se extendía por toda la América central, penetrando en la meridional la raza maya-quiché, que ocupaba también las islas del Golfo. Tal es la primera situación geográfica de las tres razas, de que podemos darnos cuenta después de la separación de los continentes.

La existencia de esas razas en la edad de la piedra sin pulir está demostrada con multitud de útiles de esa época que á cada paso se encuentran, y de los que algunos se continuaron usando después como las puntas de flechas, las lanzas de obsidiana y los cuchillos de sílex. Unidos estaban sin duda los continentes todavía en la época de la piedra pulida; y en esto alcanzaron nuestras razas tal adelanto, que sorprende como han podido labrar tan admirablemente sin ayuda del acero las materias más duras, el cristal de roca y las piedras preciosas. Pero la separación tuvo lugar antes de la edad del hierro, pues aquí no se conoció este utilísimo metal, no obstante que abunda por todas partes, y que en el mismo centro de la región nahoa, en lo que hoy es Durango, se levanta un cerro, el del Mercado, se puede decir de hierro puro, y bastante á abastecer él solo á todo el mundo.

A la edad del hierro se sustituye en nuestro territorio la edad del cobre, última muestra del adelanto de estas civilizaciones, con el laboreo de las minas de oro y plata y la explotación de rocas finísimas y de piedras preciosas. Acaso la abundancia de minas de cobre en Chihuahua, región muy principal de los nahoas, determinó esta nueva edad.

Respecto de la primera edad, ó sea la de la piedra sin pulir, tenemos como características las hachas, los cuchillos y las flechas. Aun cuando todos estos instrumentos se siguieron usando hasta la Conquista, se distinguen las más antiguas por la *patina* que las cubre y á veces por las *dendritas* que en ellas se notan. Estas primeras hachas son de sílex y labradas á golpe;



Cuchillo de sílex

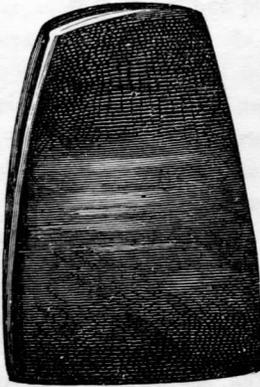
presentan generalmente una punta aguda por un lado y por el otro un filo más ó menos curvo. Se comprende que servían, según sus formas y tamaño, ya para la caza y la guerra, ya para el corte de madera y otros usos industriales. Son semejantes á los que se han encontrado en diversos lugares de Europa y Asia.

Los cuchillos ó puntas de lanza son láminas de sílex, unas terminadas en punta y curvas por el lado opuesto y otras de doble punta, que agregándolas un mango sirven de cuchillos: las hay, aunque son raras, de forma triangular con un apéndice para fijarlas en el asta de la lanza. En estas armas la figura se ha dado al sílex por percusión. Su tamaño y forma varían y se encuentran en las diferentes regiones del país. Hemos tenido una doble punta encontrada en la Baja California á once metros de profundidad.

Las flechas tienen siempre forma triangular más ó menos prolongada y con un apéndice para fijarlas en el astil. Se encuentran de sílex, pero la mayor parte son de obsidiana: estas flechas y las navajas de la misma roca negra y vítrea, *itzli*, constituyen una especialidad de nuestro territorio. Tenían una manera particular nuestros antiguos pobladores para labrar la obsidiana: tomaban un trozo ó núcleo, y oprimiéndolo entre dos maderos iban desprendiéndose delgadas láminas curvas que les servían de cuchillos ó navajas, y continuando la operación daban al trozo la figura de lanza ó flecha. Las pequeñas flechas las formaban por percusión. Por un sistema semejante de presión, trabajan aún los esquimales sus trozos de sílex. La obsidiana de Pénjamo

parece que fué la más estimada, pues á largas distancias se encuentran objetos labrados de ella. Este trabajo esencialmente primitivo debe corresponder, aun cuando después haya persistido, á la época de la raza monosilábica. Parece que desde los primeros tiempos constituyó esta industria un verdadero comercio de armas, y más tarde fué objeto mercantil la misma obsidiana sin labrar, pues en Yucatán se encuentran flechas de obsidiana, y en Casas Grandes del Gila, en la frontera del norte, no solamente se han hallado esas armas, sino los trozos que saltan al formarlas.

No conocemos hachas de este material, sin duda por ser vítreo y quebradizo; pero como se le daba un filo muy cortante, se empleaba en las navajas de la espada nahoa ó macana, *macuáhuatl*.



Pieza de macana. (Tamaño natural)

La piedra pulida corresponde en nuestro concepto á la raza nahoa, y aun tenían la tradición de que Quetzalcoatl, uno de los personajes representantes más caracterizados de esa raza, había introducido y enseñado el arte de labrar las rocas duras y las piedras preciosas. Las materias más usadas en esta época fueron el jade, el pórfido, el granito, la serpentina, la diorita, la piedra lidia y el jaspe; el sílex y la obsidiana de la época anterior los trabajaron también por pulimentación, y admiran verdaderamente las piezas de obsidiana que llegaron á pulir tan asombrosamente que de espejos les sirvieron; y no son menos notables los trabajos de nefrita y cristal de roca.

A esta época pertenece el gran número de hachas de piedra pulida que en nuestro territorio se encuentran: varía mucho el material de que están formadas su tamaño y figura, notándose que unas son instrumentos de caza ó guerra, más pequeñas y aguzadas, y otras servían para los usos domésticos, como el corte de madera, pues son muy grandes y pesadas con filo de un lado y planas del otro para dar fuertes golpes. El hacha se usaba con un mango de madera algo curvo, que se ataba en la ranura que generalmente tenía aquel instrumento. En los jeroglíficos, es decir, en la época moderna, las hachas ya no aparecen como instrumento

de guerra ó de caza, sino como utensilios para la industria, habiendo algunas pequeñas que se empleaban como cinceles para labrar las piedras duras.

Si la piedra pulida sirvió mucho para hachas, no se empleó para lanzas, cuchillos y flechas; pero sí se usaba, dándole mucho filo, en las navajas de las macanas.

La piedra pulida vino á constituir un gran adelanto en la arquitectura y sus relieves, en las estatuas de los dioses, en los amuletos y aun en el adorno de las personas. Parece que los primeros adornos fueron cuentas lisas de barro cocido: en el tajo de Tequixquiac se han encontrado conchas perforadas que sirvieron en aquella época primitiva para formar collares y pulseras. Esto y las plumas fueron el principal ornato de los primeros pueblos. Además de las conchas usaron caracoles perforados, que debían producirles un sonido semejante al de los cascabeles. En época posterior ya usaron las cuentas de barro labradas y pintadas de colores vivos, y comenzaron á usar cuentas de piedras sin más pulimento que el natural que tienen los pequeños cantos rodados de diorita, espato calizo, cuarzo, etc. Los taladros de estas piedras son imperfectos, y unidas por hilos vegetales ó por tendones, les servían de gargantillas, pulseras y pendientes. Más tarde comenzaron á labrar las piedras más finas y más duras, dándolas diversas formas y un pulimento admirable: las unas tenían forma de almendra y el taladro se les hacía en la parte superior para colgarlas en los collares; las otras tomaban la figura redonda ó algo alargada de cuentas, su taladro es cilíndrico, y se hacían principalmente de rocas verdes muy finas, que llamaban *chalchihuitl*, y aun de piedras preciosas. Poco há hemos visto una cuenta de esmeralda perfectamente perforada.

En cuanto á los amuletos é idolillos que usaban también colgados en los collares, encontramos en la época primera trozos muy incorrectos de barro cocido con pequeños pedazos sobrepuestos para figurar los ojos, la nariz y la boca, que muestran un estado rudimentario y acusan el atraso de una edad primitiva. Muestra de esto son los barros de Tuyaualco, ciudad muy antigua que se cree fué sepultada en las cenizas que produjo en tiempo inmemorial la erupción del Axochco. Después encontramos estos idolillos y amuletos con un trabajo verdaderamente precioso, formados de las rocas más finas, de obsidiana y de oro.

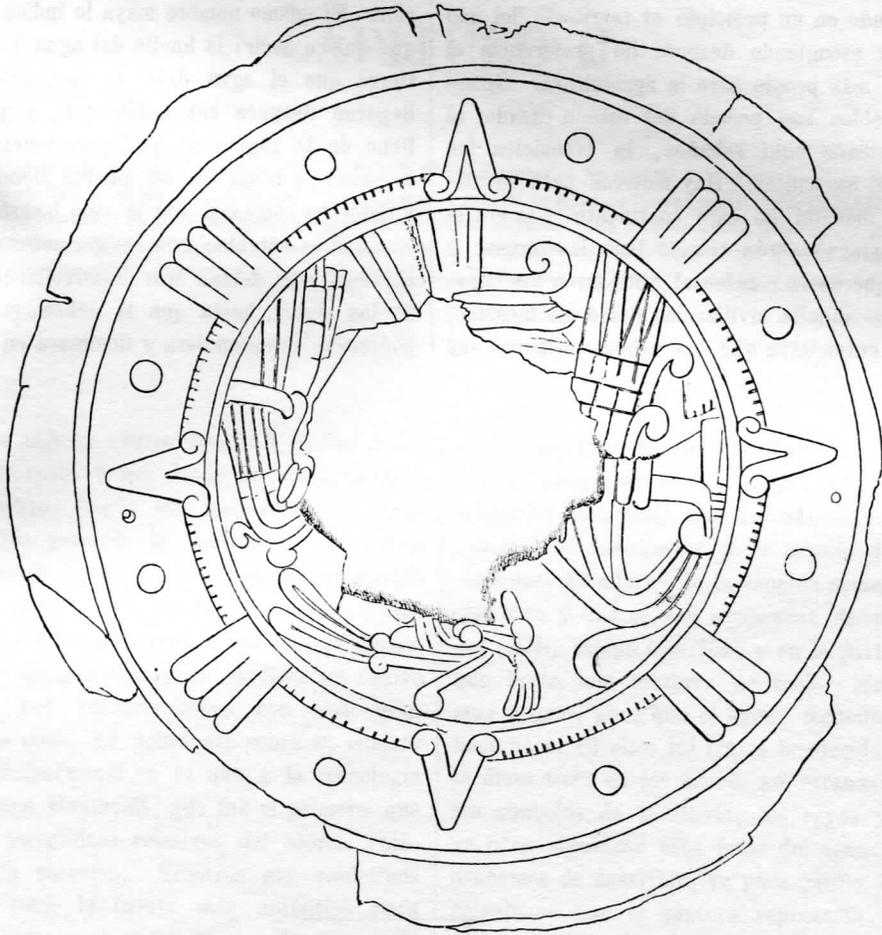
Pero, como ya hemos observado, nuestras razas no pasaron de esta edad de la piedra pulida á la del hierro, pues jamás usaron de este metal. Hemos dicho que en nuestro territorio se sustituyó esta edad por la del cobre. Es de presumir que el oro que se encuentra en forma de pepitas en la región nahoa (á ella pertenecía California), y el cobre que se halla á menudo en estado nativo y en trozos considerables, llamaron la atención de aquellos pueblos por su brillo y apariencia exterior. Más útil el cobre para ciertos usos, empleáronlo para hachas,

cincales y otros instrumentos, y después que aprendieron á fundirlo lo usaron para objetos de ornato, idolillos y relieves. Llamam la atención unas agujas de cobre que hay en el Museo y un disco con el sol grabado que fué traído del rumbo de Zapotlan.

El hallazgo del cobre y el principio de su uso se revelan en el nombre que le impusieron los nahoas:

llamaronle *tepuztli*, palabra compuesta de *tell*, piedra, y de *puztectli*, cosa que se quiebra como palo.

De todo esto se deduce que á la raza primitiva corresponde la época de la piedra sin pulimentar; que los nahoas introdujeron la piedra pulida; pero como no conocieron el hierro, que usaron los aryas y que fué propagado en el Viejo Mundo por sus emigraciones,



Sol de cobre

Radio del círculo exterior del original

Radio del círculo mayor del dibujo

claro es que nahoas y aryas no tuvieron ninguna relación y que la separación de los continentes tuvo lugar en la época de la piedra pulida, formándose después en nuestro territorio una edad especial, la edad del cobre.

Bajo estos auspicios se fundaron las tres civilizaciones. La más primitiva, la otomí del centro, antigua ocupadora del territorio, ni siquiera puede llamarse propiamente civilización. Agrupaciones de una familia á lo más que habitaban en una caverna sin Dios y sin

patria. En un clima benigno no necesitaban vestirse, y solamente adornaban su cuerpo de plumas y figuras fantásticas. Vivían de los frutos naturales y de la caza, que era abundante, y acaso emplearon por único placer el uso en pipas del tabaco silvestre. Si llegaron por la necesidad del alma á formar seres superiores, inventaron los animales. Si tuvieron ritos, sólo fueron los funerarios que tiene que crear la pena del corazón. No teniendo ciudades ni ganados y desconociendo la agricultura, no podían comprender la propiedad; y sin

patria y sin ciudad debe haberles sido desconocida la guerra, y solamente podrían tener riñas por enemistades de familia ó en defensa de su hogar. Para éste tuvieron que inventar el fuego, y existe la tradición y se conmemoraba en ceremonias solemnes, de que lo encontraron frotando de punta un palo seco sobre el hueco de otro horizontal.

La segunda raza se estableció ya con la civilización que traía, ocupando en un principio el territorio del uno al otro Océano y escogiendo después de preferencia el lado del Pacífico más propio para la agricultura. Generalmente los pueblos han pasado del estado cazador al pastoril; no habiendo aquí rebaños, la transición fué inmediatamente al agricultor. Hay motivos para presumir que la parte oriental de este continente, que era la más baja, permaneció algún tiempo bajo las aguas, y huellas hay de que en la occidental abundaron las lagunas. Así es que aquella civilización debió ser lacustre; pero no ha de entenderse que los nahoas formaron sus

habitaciones en los lagos sobre pilotes, sino que se establecieron en las islas que en ellos había. Veremos más adelante el progreso y desarrollo de esta civilización.

La del Sur nos es conocida ya con influencias extrañas que tenemos que estudiar después; y reduciéndonos sólo á la península maya, podemos decir que su terreno ha salido de las aguas y por lo mismo es posterior. El mismo nombre maya lo indica, pues es voz ésa que quiere decir: la huella del agua ó el sedimento de la tierra que el agua deja al escurrirse. Naturalmente llegaron después sus habitantes, y por esto y por lo llano de la región no pudieron tener la época de las cavernas, á pesar de ser pueblo monosilábico primitivo, y debieron comenzar con la vida lacustre.

Así se establecieron los gérmenes de las tres civilizaciones que debían irse desarrollando en el transcurso de los siglos, hasta que la nahoá, más perfecta y más poderosa, se extendiera y dominara en todo el territorio.